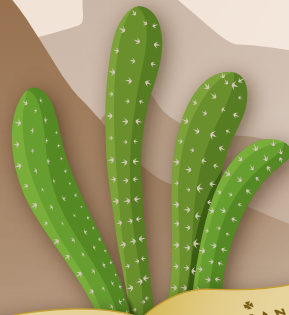


“Te voy a contar un secreto del Tepeyac...”



“Aquí se cuenta...”



Casa del Catequista
Casadelcatequista.com

—Oye, ¿te cuento algo que casi nadie sabe completo?

Es la historia de la **Virgen de Guadalupe**, pero como la escuché yo, como si estuviéramos platicando en el recreo.

Dicen que hace muchos, muchísimos años, cuando ya se había calmado la guerra y la gente empezaba a conocer al **verdadero Dios por quien se vive**, vivía un hombre muy sencillo que se llamaba **Juan Diego**. Era pobre, pero el Nican Mopohua dice que era alguien **respetable** y **bueno, amigo de Dios**.

Vivía cerca de un cerrito llamado **Tepeyac**.
Y ahí empezó todo.



La música del cielo



fd@

Casa del Catequista
Casadelcatequista.com

Era un **sábado muy de madrugada**. Juan Diego iba caminando para ir a la doctrina y a la Misa, cuando llegó cerca del Tepeyac. Apenas estaba amaneciendo, cuando pasó algo rarísimo.

Empezó a escuchar un **canto precioso**, como si muchos pajaritos estuvieran cantando juntos allá arriba en el cerro. Pero no sonaban como los pájaros de siempre: el Nican Mopohua dice que eran más hermosos que los pájaros más finos, y que hasta parecía que el cerro les contestaba.

Juan Diego se quedó pensando:

“¿Será que estoy soñando? ¿Estoy en la tierra... o ya en el cielo?”

De pronto, el canto se hizo silencio... y entonces escuchó que alguien lo llamaba desde arriba del cerro:

–“¡Juanito, Juan Dieguito!”

Era una voz dulce, como cuando alguien te llama con mucho cariño.



La Señora del Cielo



Juan Diego subió al cerro sin miedo, más bien contento.
Cuando llegó a la parte de arriba, vio algo que lo dejó con la boca abierta:

Había una **Señora muy hermosa** de pie, rodeada de luz. Su vestido brillaba, el suelo parecía lleno de piedras preciosas, y hasta los nopales y mezquites parecían de esmeralda y oro, así lo cuenta el Nican Mopohua.

Ella le habló con una voz muy suave, como de mamá:

—“*Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?*”

Juan Diego le respondió que iba a Tlatelolco, a escuchar las cosas de Dios.

Entonces la Señora le dijo quién era:
le explicó que era **la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive**, el Creador del cielo y de la tierra. Y le dijo algo muy importante: que **quería una casita**, un templito, ahí en el Tepeyac.

—Quiero —le dijo— una casa donde pueda **mostrar mi amor, mi compasión, mi ayuda y mi defensa** para todos mis hijos: los que viven en esta tierra y todos los que me buscan y confían en mí.

Le pidió a Juan Diego que fuera con el **obispo** de México y le contara todo.



Juan Diego y el obispo



Juan Diego obedeció. Bajó del cerro, caminó hasta la ciudad y llegó a la casa del obispo **fray Juan de Zumárraga**.

Le contó todo como la Virgen se lo había dicho: lo que había visto, lo que había oído, lo que ella quería.

El obispo lo escuchó, **pero no le creyó del todo**. Le dijo que volviera otro día, que lo pensaría.

Juan Diego regresó triste al Tepeyac. La Virgen ya lo estaba esperando.

—“Hijito mío, ¿qué pasó?”—podríamos imaginar que le preguntó. Y él le contó que el obispo no se había convencido.

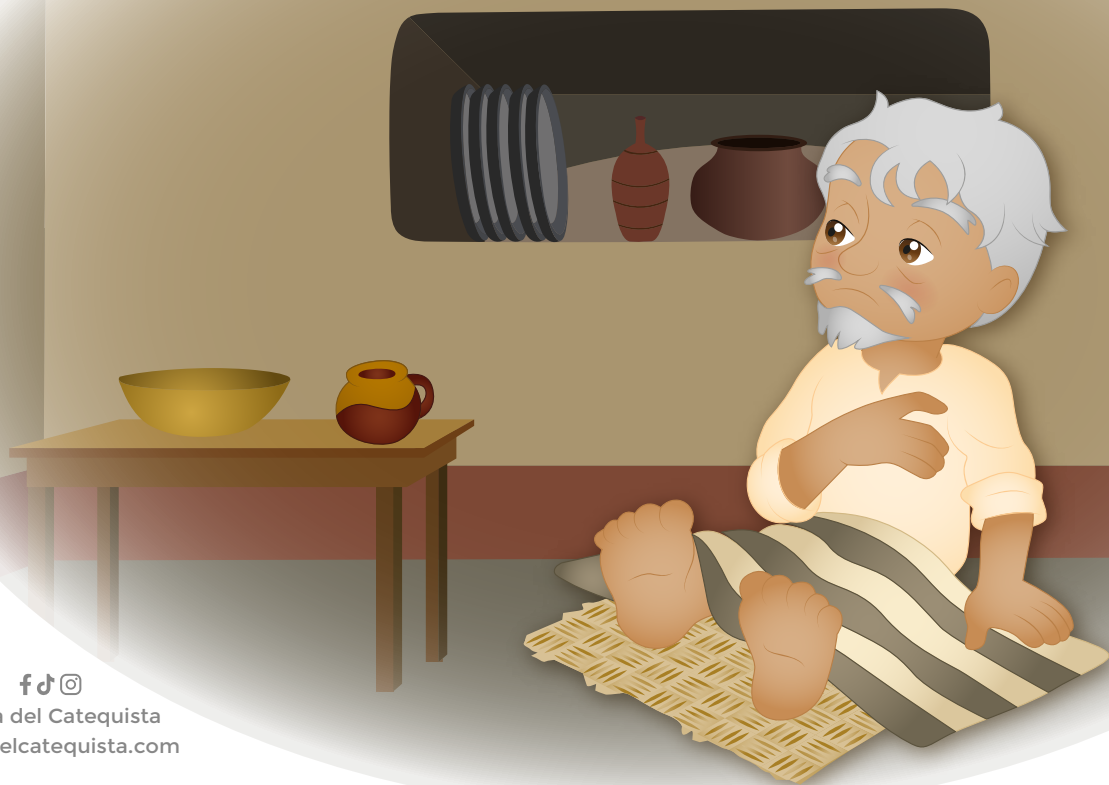
Entonces ella le pidió que **insistiera**, que volviera al día siguiente.

Juan Diego obedeció. Regresó con el obispo, contó otra vez todo, y ahora el obispo le pidió una cosa:

—“Dile a esa Señora que me dé una **señal**, una prueba, para saber que viene de Dios”.



El tío enfermo



Cuando Juan Diego volvió con la Virgen y le contó lo de la señal, ella le dijo que regresara al día siguiente, que entonces se la daría.

Pero al llegar a su casa encontró a su tío **Juan Bernardino** muy enfermo, casi muriendo. Pidió un médico, pero ya era muy grave. El tío le pidió que madrugara para ir a buscar un sacerdote que lo confesara.

Al otro día, muy temprano, Juan Diego salió corriendo rumbo a la ciudad. Cuando llegó cerca del Tepeyac, se preocupó:

“Si paso por donde está la Señora, me va a detener para lo de la señal, y mi tío me necesita ya...”

Así que trató de **rodear el cerro** para que la Virgen no lo viera.

Pero ella, que ve todo con ojos de mamá, **le salió al encuentro** por el otro lado del cerro.



“¿No estoy yo aquí,
que soy tu Madre?”



La Virgen le preguntó:

—“¿Qué hay, hijo mío, el más pequeño? ¿A dónde vas?”

Juan Diego, con pena, le contó la verdad: que su tío estaba muy enfermo, que iba a buscar un sacerdote y que, terminando, volvería con ella. Le pidió que tuviera paciencia y que no se enojara.

Entonces la Virgen le dijo unas palabras que el Nican Mopohua conserva y que muchos mexicanos sabemos casi de memoria:

“¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

Y añadió que no tuviera miedo, que no se angustiara por la enfermedad de su tío, porque **ya estaba sano.**

Juan Diego se llenó de paz. Era como si, de golpe, todo su miedo se hubiera ido. Entonces le pidió a la Virgen que le diera la señal que el obispo había pedido.



Las rosas en invierno



La Virgen le dijo que subiera a la cumbre del cerro, donde la había visto la primera vez.

Cuando Juan Diego llegó arriba, se quedó maravillado: el Nican Mopohua cuenta que encontró muchas **rosas de Castilla, frescas, hermosas y llenas de rocío**, aunque el tiempo era de frío y hielo, cuando no deberían crecer.

La Virgen le pidió que las cortara, las juntara y las pusiera en su **tilma** (su manto de manta). Luego, cuando él bajó, la Señora del Cielo tomó las rosas con sus manos y se las acomodó de nuevo en el regazo, como arreglando un **ramo para alguien muy importante**.

Le dijo que esas rosas serían la señal para el obispo y que sólo frente a él debía abrir su tilma.



El milagro de la tilma



Juan Diego caminó con mucho cuidado hasta la casa del obispo, cuidando que ninguna rosa se cayera.

Cuando por fin lo dejaron pasar, se arrodilló delante de él y le dijo:

—“Señor, aquí está la señal que pidió la Señora del Cielo...”

Y en ese momento **abrió su tilma**.

Las rosas cayeron al suelo...

y todos se quedaron sin palabras: en la tilma había quedado **impresa la imagen de la Virgen de Guadalupe**, tal y como Juan Diego la había visto en el Tepeyac.

El obispo se arrodilló, lloró, y entendió que de verdad la Madre de Dios se había aparecido a ese humilde indígena.



La casita del Tepeyac



Casa del Catequista
Casadelcatequista.com

Después de eso, el obispo llevó la tilma a una capilla y comenzó la construcción de la **“casita” que la Virgen había pedido** en el Tepeyac.

La gente empezó a llegar de todas partes: indígenas, españoles, mestizos... Todos querían ver la imagen, contar sus problemas, pedir ayuda.

Muchísimos conocieron a Jesús gracias a la Virgen de Guadalupe, porque ella siempre nos lleva a su Hijo.

Y así, como lo dice el Nican Mopohua, la Virgen se quedó con nosotros para escuchar nuestros lamentos y **remediar nuestras penas, dolores y miserias**, como mamá que no se cansa de cuidar a sus hijos.





Casa del Catequista
Casadelcatequista.com

Y ahora sí —dice el niño narrador—, ya sabes por qué la queremos tanto:

- Porque vino a este pueblo **hablando nuestro idioma.**
- Porque miró con cariño a un hombre sencillo y lo hizo su **mensajero.**
- Porque sigue diciendo a cada niño y niña:

“No tengas miedo... ¿no estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

Cada vez que ves su imagen, aunque sea chiquita en una estampa, es como si la Virgen de Guadalupe te abrazara y te dijera al oído:

“Hijo, hija, te llevo en mi corazón y te conduzco a Jesús”.

